

Espacio Imaginario vs espacio real en dos obras de los premios Nóbel: Le Clézio y García Márquez

María Cruz Alonso Sutil

Universidad Rey Juan Carlos

cruz.sutil@urjc.es

Resumen:

Es evidente que todo individuo necesita construir su propio lugar, un espacio con significado que le permita vivir en plenitud. Tiene la posibilidad de reivindicar lo privado, lo que le es propio, aquello que le pertenece como resultado de su identidad y de su apropiación. Cada lugar físico se convierte en un lugar antropológico dependiendo más de las conexiones del individuo con él que de la tipología del lugar. La falta de reconocimiento y de identidad genera una sensación de inestabilidad, desorientación e irrealidad en la mayoría de las personas. Llamamos no-lugares a aquellos espacios físicos donde esto ocurre, pues se trata de lugares que condenan y borran el "yo", dado que es impensable la posibilidad de poder establecer un vínculo con ellos. El hecho de conocer un lugar y de sentirse cómodo hace que uno se identifique plenamente con él; uno lo hace suyo en la medida en que vuelve a él. Sea cual sea la tipología del espacio, lo verdaderamente importante no es el espacio por donde el individuo se mueve o se desplaza, sino cómo vive las experiencias en ese lugar que le permitan crear vínculos y apropiarse del lugar. En general, la conciliación entre mundos y formas diferentes de ver la vida, la falta de libertad, el rechazo del "Otro", los conflictos bélicos, el respeto a la naturaleza son, entre otras, situaciones que preocupan a estos escritores en una sociedad donde la vida del individuo es un continuo vaivén y desasosiego.

Palabras clave: Lugar antropológico, no-lugar, supramodernidad, identidad, transitoriedad espacial, simbiosis, desdoblamiento autobiográfico.

Résumé :

Évidemment, tout individu a besoin de construire son propre endroit, son lieu, ce qui lui permet de vivre avec plénitude. Ici, il a la possibilité de revendiquer le privé, ce qui lui est propre, ce qui lui appartient comme résultat de son identité et de son appropriation. Chaque lieu physique devient un lieu anthropologique, mais cela dépend de rapports que l'individu y établit plutôt que de la typologie du lieu. Le manque de reconnaissance et d'identité provoque une sensation d'instabilité, de désorientation et d'irréalité chez la plupart des gens. Ces espaces-là, physiques, où tout cela se passe on les appelle des « non-lieux » où l'individu se sent isolé. Ce sont de lieux qui condamnent et qui effacent le « je », car la possibilité de pouvoir établir de rapports avec eux n'est pas envisagé. Le fait de connaître un lieu et de s'y sentir à l'aise, cela fait que l'on s'y identifie complètement, qu'on le fasse à soi et dans la mesure du possible, que l'on y revienne. Quoi que ce soit la typologie de l'espace, ce qui compte vraiment, ce n'est pas l'espace où l'on bouge, où l'on se déplace, mais comment l'individu vit les expériences qui lui permettent d'y créer des liens et de s'approprier un lieu. En général, la conciliation entre les mondes et les différentes formes d'envisager la vie, le manque de liberté, l'opposition au nouveau, à l'Autre, les conflits de guerres, le respect à la nature sont, entre autres, des situations qui préoccupent ces écrivains dans une société où la vie de l'individu continu à être un va-et vient et une inquiétude.

Mots clés : Lieu anthropologique, non-lieu, supramodernité, identité, espace transitoire, symbiose, dédoublement autobiographique.

Abstract:

It is clear that every person needs to build his own place, a meaningful space that allows him to live fully. He has the possibility to claim that which is private, that which is his own, that which belongs to him as a result of his identity and his ownership. Each physical location becomes an anthropological place depending more on the personal connections with the place than on the very type of place. The lack of recognition and identity creates a sense of instability, disorientation and unreality in most people. We call non-physical spaces the places where this happens, because they condemn and obliterate the "I", as the possibility to establish a bond with them is almost unthinkable. The fact of knowing a place and feeling comfortable creates a full identification of the person with the place, the individual endorses it coming back to it. Whatever the type of space, the most important thing is not the space in which the individual moves, but rather the experiences he lives there, allowing him to create links and take over the place. In general, reconciliation between worlds, different ways of seeing life, lack of freedom, the rejection of the "Other", war, respect for nature are, among others, situations of concern to these writers in a society where the life of the individual is a continuous swaying and restlessness.

Keywords: anthropological place, non-place, supramodernity, identity, transitory space, symbiosis, autobiographical *dédoublement*.

A pesar del tiempo transcurrido desde aquel día en que Gabriel García Márquez recibiera el máximo galardón que se puede otorgar en Literatura, como es el Premio Nobel (1982), y años más tarde J.M. G. Le Clézio (2008), siguen llegándonos ecos de su incansable afán por mostrarnos los recovecos de una Historia que esgrimiendo barreras tratan de darse a conocer y de llegar a todos los rincones.

Hemos comprobado que sus experiencias y vivencias les aportan el material literario para despertar en el lector la necesidad de seguir ahondando en su obra. Descubrimos en ellas su preocupación por las guerras, los conflictos políticos que aquejan tanto a países como a continentes, la tiranía, la violencia, las represiones, sin duda "monstruos" que atenazan constantemente a la sociedad de la "sobremodernidad" (Augé, 1999).

Preocupación también por la naturaleza y por las sociedades que la respetan, sus ideas de conciliación entre mundos y formas diferentes de ver la vida, sin obviar que en el sustrato de todo esto subyace la búsqueda de la armonía entre las personas. Por eso, establecer un denominador común entre los autores que vamos a analizar sería pobre, cuanto menos injusto. Así pues, nos encontramos ante escritores que si bien están en continuo conflicto con la sociedad no es menos su compromiso con ella.

El propósito de este trabajo es demostrar que tanto en *La hojarasca* (1955) de Gabriel García Márquez como en *Onitsha* (1991) de J.M. G. Le Clézio el espacio imaginario o real en las obras citadas no queda delimitado únicamente por su situación geográfica, sino también por el vínculo que establezca con el individuo que lo habita, por su conexión con él; y desde la perspectiva antropológica cómo moldea su medio físico, pues para sentirse feliz, el individuo necesita consumir lugares con el propósito de hacerlos suyos y ser parte de ellos.

Transitoriedad espacial

Puesto que vamos a analizar el espacio tanto imaginario como real en las obras anteriormente citadas es conveniente aclarar, por un lado, que de las muchas interpretaciones y acepciones que sobre este término se registran, hemos tomado como fuente el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española* y de las definiciones dadas, teniendo en cuenta el estudio que ahora nos ocupa he optado por: “capacidad de terreno, sitio o lugar”. Otro de los términos estrechamente vinculado a “espacio” sería “lugar”. Para su definición elegimos: “espacio ocupado o que puede ser ocupado por un cuerpo cualquiera”. Somos conscientes del vínculo que los une y no sería fácil pretender establecer un límite entre uno y otro. Por ello, cuando nos refiramos a “lugar”, será desde el punto de vista antropológico.

Si ya en la época aristotélica el espacio es considerado como un lugar físico en el que se sitúan los objetos que lo componen y donde se mueve el individuo, es lógico pensar que dicho espacio pueda ser un lugar de encuentro o desencuentro, un lugar donde confluyen la identidad de la persona, sus relaciones sociales y su historia.

A partir de la segunda mitad del siglo XVIII, el espacio recupera cierto valor, aunque sin dejar de ser tratado con relación al hombre, y sin llegar a adquirir la dimensión que alcanzó en la literatura clásica.

Ya avanzado el siglo XX, una nueva aportación al estudio del espacio es la que realiza el antropólogo Marc Augé (2001) cuando contrapone lugares antropológicos a no-lugares. Si consideramos el espacio desde el punto de vista antropológico, el lugar nos da una visión sobre la identidad de las personas que lo ocupan, de las relaciones que mantienen y de las experiencias que viven y que configuran su historia. El hecho de conocer un lugar y sentirnos cómodos en él, hace que nos identifiquemos plenamente con el mismo, que lo consideremos como propio y, en la medida en que nos sea posible, queramos volver a él.

Según el antropólogo (Augé, 1999), nos resulta necesario “ordenar y simbolizar el espacio y el tiempo para dominar las relaciones humanas”. Desde el punto de vista antropológico, el lugar se asienta sobre las coordenadas de tiempo y espacio, siendo en este último donde confluyen la identidad de la persona, sus relaciones sociales y su historia.

Teniendo en cuenta la definición de lugar¹, no es extraño pensar que también el espacio evoque una relación, nos remita a una historia, nos ayude a identificar

¹ “Con lugar y no lugar designamos, recordémoslo, a la vez espacios reales y la relación que mantienen con esos espacios quienes los utilizan. El lugar se definirá como lugar de identidad (en el sentido de que cierto número de individuos pueden reconocerse en él y definirse en virtud de él), de relación (en el sentido de que cierto número de individuos, siempre los mismos, pueden entender en él la relación que los une unos a otros) y de la historia (en el sentido de que los ocupantes del lugar pueden encontrar en él los diversos trazos de antiguos edificios y establecimientos, el signo de una filiación)”. Augé, Marc, 1998. *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos*. Ed. Gedisa. Barcelona, p. 147.

momentos, despierte y reactive nuestra memoria, cree vínculo con el recuerdo, estimule la comunicación, fabrique imágenes, rememore la historia, actualice el pasado y lo transforme en un presente constante. Pero todo ello sin olvidarnos de un factor importante a tener en cuenta: el tiempo. Entendemos que en función de cómo se haya vivido esa historia así será el vínculo con ella, incluso consideramos que también el status social juega un papel importante a la hora de identificarse con el lugar.

En el lugar antropológico se establecen relaciones humanas, por lo tanto hay diálogo, comunicación. Es identificado, reconocido y por tanto vivido, llegando incluso a poseer identidad propia y es que el individuo acaba por apropiarse del espacio, que evoca una relación, estimula la comunicación, es identificado, reconocido y, por lo tanto, vivido. Es un espacio que nos ayuda a identificar momentos, despertar y reactivar nuestra memoria de tal forma que actualiza el pasado para transformarlo en un presente constante.

En contraposición a estos lugares que califica como antropológicos, Marc Augé propone llamar “no-lugar” al espacio con el que el individuo no se identifica, con el que no establece relación alguna y que carece de historia para la persona; lugares de tránsito o de ocupación provisional donde no es posible ni la identidad, ni la relación y donde la historia no se deja atrapar. Son espacios sin nostalgia ni esperanza, dado que no se conjugan ni en el pasado, ni en el futuro.

Considerar que los no-lugares llevan consigo una connotación negativa sería injusto; a veces sirven para que la persona se descargue de tensiones, incluso le permite desconectarse de sus relaciones y sus obligaciones habituales o cotidianas. Cierto es que, en numerosas ocasiones, el no-lugar inicial para casi todos, el lugar de paso, termina convirtiéndose en lugar de referencia para algunos, pero con ciertos matices negativos: es el lugar de trabajo, el de la rutina, el de las tensiones profesionales, etc.

No podemos hacer, por tanto, una división radical entre lugares y no-lugares. Todo depende del uso que se haga del no-lugar. Lo que para la persona que está de tránsito es un no-lugar, para la persona que trabaja en él o que lo frecuenta es un lugar con el que se siente identificado. “El lugar y el no-lugar son más bien polaridades falsas: el primero no queda nunca totalmente borrado y el segundo no se cumple nunca totalmente” (Augé, 2001:84).

Retomando el concepto de no-lugar como espacio sin identidad y exento en lo que a relaciones humanas se refiere, resulta difícil abstraerse de la actualidad, del espacio de la modernidad que el antropólogo denomina “sobremodernidad” (Augé, 1999) fruto del exceso de tiempo, exceso de espacio y exceso de individualismo que trasladado al concepto de alteridad nos lleva a concluir que el individuo vive en una sociedad, en un no-lugar cuyo espacio es de los otros, pero sin los otros, un espacio en el que el individuo a pesar de vivirlo y compartirlo es solo en apariencia, dado que en la

colectividad no abandona su condición de individuo en soledad impuesto por la sociedad de la “sobremodernidad”.

El individuo frente a espacios vulnerables

Parece obvio afirmar que una sociedad moderna e industrializada conduce a la proliferación de los no-lugares, donde cada vez es mayor la individualización. La creación de grandes espacios (comercio, ocio, transporte, etc.) hace difícil la posibilidad de que el individuo pueda establecer vínculos. Y es en este entorno, en el de las transformaciones del mundo contemporáneo donde Augé incorpora el término de la “sobremodernidad” al considerar que ésta “aparece cuando la historia se vuelve de actualidad, el espacio imagen y el individuo mirada” (Augé, 1996:103).

Ratificar que pasamos nuestro tiempo desplazándonos de un lugar a otro, que nos movemos por espacios diferentes hoy día es una obviedad, pero no lo sería tanto si en cada uno de ellos reconociéramos la entidad que lo define y que lo hace diferente. Sabemos que los lugares están definidos por unos rasgos lingüísticos, laborales, afectivos, temporales, políticos, de status social, etc. que hacen que nos sintamos más cerca o lejos del mismo. Y todo ello porque para el individuo que los habita su sistema de valor es particular. Son estos rasgos los que condicionan y limitan su permanencia, los que conducen al acercamiento o alejamiento a dicho lugar, así como la participación en el mismo.

Somos víctimas de los continuos cambios desplazando emociones, borrando imágenes, aglutinando recuerdos, seleccionando memoria, adaptando y modificando espacios. Los vaciamos, los conectamos, los borramos, los redecoramos, los estructuramos en función de unos ideales. Procuramos que estos espacios adquieran una autonomía propia, pero no siempre es objetivo alcanzado si tenemos en cuenta el poder que sobre el individuo ejerce la sociedad de la “sobremodernidad”.

La rapidez con que transcurre el tiempo y la historia son el motor que genera este continuo vaivén del lugar al no-lugar y viceversa y la frecuencia con que nos desplazamos de uno a otro. Se produce una interacción entre el individuo, el espacio y la historia. Así, cuanto más rápida es la adaptación de la historia a la sociedad actual, menor es la permanencia y arraigo del individuo en el lugar.

El individuo convertido en espectador observa que una parte de lo que le rodea está constituida por no-lugares e imágenes que los llenan y, en su empeño hacia la búsqueda de un espacio que le proporcione la libertad, se ve atrapado en continuos espacios laberínticos que ya no puede abandonar y en los que nunca podrá establecer su morada a menos que se apropie simbólicamente de ellos.

Inmersos en el mundo de la globalización, y reconociendo los excesos propios de este fenómeno, todo parece indicar que el término de “sobremodernidad” al que el autor

hace referencia es producto del exceso y de la rapidez con que la historia se convierte en actualidad. Esto nos lleva a concluir que mientras el individuo siga siendo consumidor y usuario de la “sobremodernidad”, mayor será su aislamiento, obligándolo a desplazarse por espacios en los que difícilmente puede encontrar su lugar.

Considera Augé que dicho exceso aglutina tres figuras. Por un lado, la figura del *exceso de tiempo* que conduce a una sobreabundancia de acontecimientos. Vivimos en una época en la que el individuo percibe el tiempo como la aceleración de la historia. Es la época de lo inmediato, de lo instantáneo. Los hechos se suceden tan deprisa que, apenas han hecho su aparición, se convierten en historia. En el decir del antropólogo sería “la historia nos pisa los talones” (Augé, 1996: 103).

El encadenamiento de los acontecimientos que se suceden en el mundo y la rapidez con que los vivimos, junto a la facilidad para reemplazarlos hace que tengamos la sensación de que las cosas pasan sin ser vividas o experimentadas. Se da la paradoja de que el exceso de tiempo no guarda la misma proporción a la hora de vivir los acontecimientos. Así resulta que cuanto más deprisa se suceden, menor es el tiempo para vivirlos, compartirlos y disfrutarlos.

En segundo lugar, nos habla de la figura del *exceso de espacio*. Parece contradictorio hablar de exceso de espacio o de superabundancia espacial cuando lo que viene a decirnos Augé es que la conquista espacial nos coloca frente a un “estrechamiento” del planeta. Efectivamente, a través de los medios de comunicación las distancias parecen diluirse. Nos llegan imágenes de sucesos ocurridos en lo más recóndito del mundo que nos dan una visión instantánea e inmediata de los hechos.

Todo ello contribuye a la multiplicación de no-lugares, a que el individuo tenga una percepción del espacio en exceso con el que nunca acaba de identificarse, pierde su identidad y se convierte en un individuo anónimo. Como usuario de no-lugares disfruta de una libertad engañosa por estar ésta íntimamente unida a la soledad. Dada su incapacidad para crear su propio espacio, se siente desubicado. Su contacto con el exterior son imágenes, textos, pantallas, paneles que debido a la rapidez con la que pasan por delante, difícilmente puede llegar a ver con discernimiento. Se da la paradoja de que cuanto mayor es la información que recibe, menos posibilidades tiene de iniciar un diálogo.

Y por último, la figura del *exceso de individualismo*. La figura del ego. El antropólogo Augé no duda en pensar que las relaciones del individuo consigo mismo están en función de la aceleración de la historia y el estrechamiento del planeta. La libertad del individuo se ve atacada por la difusión de imágenes y por la publicidad que hacen que experimente sensaciones de soledad. Esta “sobremodernidad” cuyo denominador común es el exceso llega a su punto más álgido en la concepción del no-lugar al considerar que se trata de un espacio en el que “nadie se siente en su propia casa, pero tampoco en la de los demás” (Augé, 1996: 105).

Es obvio pensar que una vez analizadas las figuras del exceso coincidamos con el antropólogo en considerar que los no-lugares son fruto de la enorme y acelerada industrialización, que la historia, el espacio y el individualismo son fenómenos que seguirán estando presentes mientras no seamos capaces de detener la aceleración de la historia, luchemos contra el “encogimiento del planeta” y hagamos frente al individualismo.

En definitiva, esto nos lleva a plantear la ecuación de que cuanto mayor es la globalización del lugar mayor es la individualización.

El desdoblamiento autobiográfico

La definición que se atribuye Miguel Delibes al considerarse “un cazador que escribe”, es perfectamente aplicable tanto a Le Clézio como a Gabriel García Márquez. La obra de ambos refleja una perfecta coherencia y fidelidad a unos principios ideológicos-estéticos. Ambos crean tipos vivos, personajes que pueden hacer verosímil un absurdo argumento, “ponen en pie unos personajes de carne y hueso”, y les infunden aliento, garra, tesón, ilusión, lucha, a lo largo de las páginas de sus obras. Esconden bajo el “yo” ficticio el “yo” autobiográfico, fabrican diferentes identidades que completan su “yo”. Se trata de desencuentros de un “yo” fragmentado y desdoblado donde el narrador se disimula y se esconde entre sus propios personajes.

Después de conocer algo de sus vidas resulta fácil llegar a la conclusión de que existe en estos escritores una interdependencia entre su vida y su obra de ahí que la consideremos en gran medida autobiográfica. Tanto uno como otro llevan dentro de sí más de un personaje como ya lo dijera Miguel Delibes:

El novelista auténtico tiene dentro de sí no un personaje, sino cientos de personajes. De ahí que lo primero que el novelista debe observar es su interior. En este sentido toda novela, todo protagonista lleva dentro de sí mucho de la vida del autor. Vivir es un constante determinante entre diversas alternativas. Mas, ante las cuartillas vírgenes, el novelista debe tener la imaginación suficiente para recluir y rehacer su vida conforme otro itinerario que anteriormente diseñó. [...] por encima de la potencia imaginativa y el don de la observación, debe contar el novelista con la facultad de desdoblamiento: no soy yo así pero pude ser así. (Delibes, 1967, p.355 y ss.)

También Le Clézio y García Márquez, se inventan otros “yos”, Los dos se han despojado de su “yo”, otros les han robado su “yo”. Como diría Delibes, ahora ellos “viven por otro, ellos iban redondeando sus vidas a costa de la mía [...] En buena parte, ellos me habían vivido la vida, me la habían disecado poco a poco (Delibes, 1994:65).

Entorno literario

Más allá de la simbología y metáfora que pudiera interpretarse sobre el título de *La hojarasca*, el autor cómplice de realidad y ficción nos da a conocer las razones por las que los habitantes de Macondo se niegan a dar sepultura a un médico que acaba de

suicidarse. Los vecinos del lugar no le han perdonado nunca que se hubiera negado no sólo a socorrer a un moribundo, sino también a curar a las víctimas de guerra.

Doctor, atienda a estos heridos que ya los otros médicos no dan abasto, [...] usted es el único médico que nos queda. Tiene que hacer una obra de caridad; y él respondió [...] se me olvidó todo lo que sabía de eso. Llévenlos a otra parte (García Márquez, 1974: 27).

De estas actitudes que durante veinte años los vecinos padecieron, nacen la venganza y el odio a lo que tendrán que enfrentarse un coronel y su familia al tratar de convencerlos de que no es lícito dejar a un muerto insepulto.

Para darnos a conocer con mayor detalle cada una de las vicisitudes por las que atraviesan los habitantes de Macondo, García Márquez elige la mirada focalizadora de tres personajes: el abuelo (un viejo coronel), la hija llamada Isabel y el niño, hijo de ésta, quienes en representación de cada una de las tres generaciones, y a través de monólogos van configurando el relato mientras velan al muerto. Poco importan los vaivenes generacionales a los que se ve sometido el lector, si bien al contrario estos saltos hacen que la intriga por descubrir la cerrazón, la venganza y el odio enraizado en el pueblo sea cada vez mayor.

Macondo es el escenario del relato elegido por García Márquez, un lugar inventado que por sus características geográficas situaríamos al norte de Colombia, cercano a la costa atlántica y al que estudiosos de su obra no dudan en atribuir cierto carácter autobiográfico al asociarlo con Aracataca (Colombia), pueblo natal donde transcurrió su infancia.

Su andadura como escritor la inicia con esta novela breve cuyos hechos transcurren entre 1905 y 1928 en Macondo, creado también con mimbres de realidad. Se trata de una coordenada espacial que en ocasiones integra como escenario y en otras, esboza meras pinceladas. Nos lo encontramos en obras como *El coronel no tiene quien le escriba*, *Los funerales de Mamá Grande*, *La mala hora*, *Cien años de soledad* y *Vivir para contarla*.

Ya en el prólogo de *La hojarasca*, el autor nos advierte del desastre ocasionado por “el imprevisto de una tormenta”. En tono irónico y aludiendo a los desastres atmosféricos compara la hojarasca con ese vendaval que destruye cuanto encuentra a su paso. Arrastra los “rastros de una guerra civil”, “los desperdicios” de soledad y amores gastados, los deshechos de venganzas para depositarlos más tarde en suelo fértil donde garantizarse una continuidad.

Sin embargo, en *Onitsha*, Le Clézio opta por el continente africano y más concretamente Onitsha, espacio real ubicado en Nigeria cuyo nombre da título a la obra objeto de estudio y que junto con *Étoile errante* conforman un díptico. Podemos considerar que la ciudad de Onitsha es una transposición de Ogoja, situada más al este, en la que residió el escritor con su familia, una vez que se reencontraron con su padre. Su estancia en África se prolongó durante casi dos años, período del que guarda

excelentes recuerdos, llegando a reconocer que a pesar de haber realizado otros viajes, ninguno ha sido tan importante en su vida.

Entrelazando realidad y ficción, *Le Clézio* logra configurar el relato de los diferentes viajes tanto físicos como iniciativos llevados a cabo por los protagonistas principales de *Onitsha*. Así, en marzo de 1948, el niño Fintan, con apenas doce años y acompañado de su madre Maou, emprende su primer viaje a África a bordo de un buque que desde Francia los llevará a Onitsha (Nigeria). Allí les espera su padre Geoffroy Allen, un inglés que trabaja para la compañía comercial United Africa, quien un día decidió abandonar la familia, movido por el sueño y deseo de recorrer Egipto y Sudán, en busca de las huellas de Meroe, el «último reino del Nilo». Maou sueña con poder reencontrarse con su marido. Ello supone el comienzo de una época feliz. Sin embargo, de la esperanza pasa a la decepción puesto que el hombre que encuentra en Onitsha ha cambiado. Y Fintan desconfía de ese desconocido y de lo que le aguarda en ese remoto continente. Lo cierto es que África abrasa a Geoffroy como un secreto, como una fiebre, al sentirse cautivado por las creencias y la historia del final del imperio meroita. Maou y Fintan descubren, cada uno a su manera, la otra cara de África, bien diferente de la soñada.

Horizontes de sueño y realidad

Onitsha, espacio real, localidad situada en Nigeria. A Onitsha llegan los personajes en busca de un sueño, el de Tristán conocer a su padre, el de Maou reencontrarse con su marido Geoffroy y el de éste, por un lado, reunirse con la familia y por otro, descubrir la ruta y huellas del pueblo meroita. Para Fintan, Onitsha representa la libertad, para Maou por un lado, la decepción, la soledad, la esclavitud, una sociedad colonial detestable, un espacio social hostil con el que no se identifica, en el que no encuentra nada acogedor; por otro, la autenticidad y la dignidad representada en sus habitantes.

De entrada, Onitsha no parece ser el lugar imaginado y tantas veces soñado por Maou. Con mirada retrospectiva y nostálgica va recordando momentos y situaciones en los que Geoffroy era otro. Asimismo, a través de los recuerdos se nos presentan dos mundos opuestos, dos continentes, Europa y África, separados por la cultura, con una relación de dominante y dominado.

Para Geoffroy es su lugar de trabajo, pero sobre todo, el destino mítico del pueblo meroita, cuya errancia le obsesiona desde su juventud. Precisamente, este hecho es lo que determina su desplazamiento y el de su familia a Onitsha.

La obsesión que manifiesta Geoffroy por conocer *Aro Chuku*, espacio mítico cargado de simbolismo y de leyendas relacionado con el éxodo meroita, produce en él un distanciamiento no solamente a nivel laboral, sino también familiar.

Las cartas que periódicamente escribe Geoffroy desde el continente africano despiertan en Maou el sueño de poder reencontrarse algún día, representa el lugar soñado, pero también un lugar misterioso, parecido a un jardín paradisíaco, propio de los sueños. Fintan recuerda a su hermana que ha sido engendrada en Onitsha, quien para él servirá de vínculo entre Europa y África.

En *La hojarasca*, el espacio real-imaginario es Macondo, pueblo reciente que se fue creando con todos los que hasta allí llegaban empujados por las guerras, la miseria, en busca de una respuesta y de un lugar que los identificara y acogiera. De creación reciente si tenemos en cuenta que una de las protagonistas apenas ha cumplido 30 años. Parece como si el lugar de Macondo los estuviera esperando tratando de hacer de elemento aglutinador, integrador de todos los que allí han elegido quedarse.

La hojarasca volteó y salió a recibirlo y con la vuelta perdió el impulso, pero logró unidad y solidez; y sufrió el natural proceso de fermentación y se incorporó a los gérmenes de la tierra (García Márquez, 1974: 8-9).

Se trata de un espacio carente de identidad que va a ser ocupado por gentes que huyen de los “despojos” de una guerra, su única necesidad es encontrar ese lugar donde crear vínculo, donde hacer historia y poder sentirse identificados, “un pueblo de tolerancia dentro del pueblo”, pero no tardarán en darse cuenta de que la sociedad del progreso con sus tentáculos de poder acabará adueñándose de su sueño: llegar al lugar donde iniciar una nueva vida.

Macondo sería el ejemplo típico de transformación de lugar antropológico a no-lugar. Si en un principio fue considerado un lugar próspero, en poco tiempo pasó a ser un erial. Ya en el prólogo se nos advierte que iba a ser “contaminado”:

En menos de un año arrojó sobre el pueblo los escombros de numerosas catástrofes [...] espació en las calles su confusa carga de desperdicios. Y esos desperdicios, [...] se iban seleccionando, individualizándose, hasta convertir lo que fue un callejón con un río en un extremo y un corral para los muertos en el otro, en un pueblo diferente y complicado, hecho con los desperdicios de otros pueblos (García Márquez, 1974:7).

Estrechamente unida a la vida en Macondo encontramos la compañía bananera norteamericana que un día decidió asentarse en el lugar. Se convirtió en el reclamo y anhelo de todos aquellos que soñaban una vida mejor. Nada hacía presagiar que entre los ecos del progreso se escondieran los fantasmas del poder y así, poco a poco la prosperidad en la que de repente se vieron envueltos les presentó su cara más ruin arrebatándoles su libertad.

Asimismo, la implantación de la compañía trajo consigo la llegada al pueblo de gente venida de todos los rincones del mundo; esta torre de Babel en la que durante un tiempo vivieron los habitantes de Macondo poco a poco se derrumbaría, y ese no-lugar en el que el individuo difícilmente podía identificarse, fue dando paso al lugar

antropológico por excelencia, lugar en el que las relaciones humanas se iban consolidando, aunque prontamente pasaría a su estado inicial, un no-lugar con el que ya no se sienten identificados pues su historia les ha sido arrebatada.

La atmosfera que respiran los habitantes de Macondo está contaminada de odio, tristeza y rencores porque también el vendaval del progreso les ha arrebatado su identidad y les ha arrastrado a una mayor marginalidad.

Macondo se nos presenta como lo irracional, carente de identidad, fruto de las miserias del poder. Es la mirada agonizante del desarrollo, la súplica del olvido, la razón de la sinrazón.

Esa tentativa de los habitantes por dejar atrás un pasado tan convulso dejándose llevar por el ímpetu del progreso convierte a Macondo en un no-lugar cargado de soledad, es la nada y el olvido, espacio en el que cada día se hace más difícil la posibilidad de establecer arraigo. El hecho de hacer un hueco al progreso significaba eliminar lo propio para importar lo nuevo, y así poco a poco se iban desarrollando dos mundos cada vez más diferenciados: el cultural y el racial entre los del lugar y los “recién llegados”.

No menos significativas son las constantes alusiones al cauce por donde tiempo atrás discurría un río, más tarde seco como si esto quisiera presagiar el futuro de un lugar al que todo parece habersele negado. Este detalle, asociado a la vida en Macondo es el reflejo de lo que pudo ser y no es.

En cuanto a la elección del nombre Macondo, son muchas y variadas las interpretaciones que estudiosos de la obra de García Márquez tratan de dar al preguntarse por qué elige ese nombre. Según García Márquez, el origen del término “macondo” procedería del griego.

Como bien dice Dasso Saldívar (2005: 106), el nombre de Macondo tiene una “historia inmemorial” y de muchos avatares. Son varias las versiones que recoge sobre el origen de dicho término. Pero, si nos vamos directamente a la fuente, García Márquez comenta que “el nombre de Macondo lo había escuchado por primera vez como a los cinco años en el comisariato de la United Fruit Company, en los márgenes del río Sevilla, cerca del poblado del mismo nombre” (Saldívar, 2005: 106). Más tarde, en *Cien años de soledad*, en la descripción geográfica que da sobre Macondo se comprueba que coincide perfectamente con la ubicación real de la finca bananera.

Del mismo modo, se nos cuenta que Macondo “viene del África centro-oriental, de la lengua milenaria de los bantúes: *macondo* [...] plural del sustantivo *likonde*, que es el nombre del plátano o banano en dicha lengua y que los bantúes traducen como “alimento del diablo” (Saldívar, 2005: 107).

Con el paso del tiempo se descubre que designa una especie de árbol abundante en el norte del departamento del Magdalena (Colombia). Por sus características, fácilmente

maleable, tanto los nativos como la compañía bananera, lo usaban para la construcción de canoas, artesas, bateas, etc., llegando a su extinción.

También el término “macondo” se le atribuye a “un juego de azar, una especie de bingo primitivo”. Más tarde una finca bananera cerca de Aracataca (Saldívar, 2005: 108).

García Márquez describe Macondo como un lugar hostil, de “calor obsesivo, lluvias torrenciales, viento, polvo y humedad agobiantes”, características todas ellas propias de un espacio en el que es difícil permanecer, un lugar de paso, sin añoranza ni apego, un no-lugar.

Sin embargo, también se nos presenta como un pueblo próspero, lleno de caras nuevas, que daba trabajo a todo el mundo, menos para el doctor que permaneció encerrado y esquivo, apartado del progreso, aunque sobre todos planeaba la idea de sentirse acechados por la hojarasca: “Son diversiones para la hojarasca” (García Márquez, 1974:77).

La compañía bananera acabaría por exprimirlos yéndose con los desperdicios de los desperdicios que habían traído. El Macondo próspero de 1915 se fue con la hojarasca, dejando “una aldea arruinada [...] ocupada por gente rencorosa a quien le atormentaba el recuerdo de un pasado próspero y la amargura de un presente agobiado y estático” (García Márquez, 1974: 115) pero la hojarasca les había enseñado a ser impaciente, a no creer en el pasado ni en el futuro.

Podemos decir que Macondo fue un pueblo atropellado por el miedo y el progreso, su aspecto es comparado por el autor a un mueble arruinado. “Es como si Dios hubiera declarado innecesario a Macondo y lo hubiera echado al rincón donde están los pueblos que han dejado de prestar servicio a la creación” (García Márquez, 1974:134). Esperan que en cualquier momento un viento huracanado pase y barra a Macondo. Estamos ante un no-lugar pues es descrito como un espacio “formado de desperdicios humanos y materiales de los otros pueblos; rastros de una guerra civil” con olor a muerte, un lugar de paso, sin identidad propia y donde el aire que se respira es de soledad y vacío.

Macondo todas las connotaciones negativas que puedan aplicarse a un espacio, se ha creado con los escombros de numerosas catástrofes, tormentas que lo hacen inhabitable y por lo tanto difícil la convivencia y las relaciones humanas. En él conviven el individualismo y lo que en su día fue vida pues por un callejón discurría un río, que hoy es un corral para muertos.

El autor nos advierte del lugar y nos prepara para conducirnos a un no-lugar al que llegan viajeros cuyo único equipaje es “un baúl de madera o un atadillo de ropa”, caras desconocidas, aunque al poco tiempo consigan tener casa propia. Arrastrados por la tormenta, la hojarasca deposita desperdicios de amor que más tarde fraguará entre

ellos creando un pueblo de tolerancia que da cabida a forasteros. Macondo era un humilde caserío de refugiados (García Márquez, 1974: 50).

Su suelo abría las puertas a todo el que hasta allí se acercara, aunque siempre estuviera al acecho la hojarasca que como una avalancha se lleva por delante todo sueño e ilusión. Es el lugar que acumula rencores, alimentados durante diez años cuando trajeron heridos de guerra para que el doctor pudiera ocuparse de ellos. El pueblo, a raíz del suicidio del doctor siente que le ha llegado la hora de negarle piedad, la misma que él les negó tiempo atrás. Desean que se descomponga detrás de las puertas que un día tampoco abrió, insensible a la insistencia y necesidad de ser socorridos. Muere un miércoles, “un buen día para enterrar al diablo” considera el pueblo. Negarse al entierro del doctor era para ellos privar a Macondo de un placer largamente deseado.

A través de Isabel descubrimos que Macondo había sido para sus padres “la tierra prometida, la paz y el Vellochino” (García Márquez, 1974: 40) donde encontraron el espacio apropiado para reconstruir su casa que poco más tarde sería una casa rural grande con tres caballerizas y dos cuartos para huéspedes. Poco a poco sus vidas habían cambiado, “eran buenos tiempos y Macondo un pueblo ruidoso en el que el dinero alcanzaba hasta para despilfarrarlo los sábados (García Márquez 1974: 43). Nada hacía vislumbrar que la peregrinación a la que todos decidieron incorporarse, lejos de convertirse en una quimera, pudiera ser más tarde un castigo.

Macondo es también fruto y causa de la “sobremodernidad”; el hecho de formar parte del mundo capitalista fue motivo de conflictos, miserias, diferencias sociales, guerras internas, muertes, odios y venganzas siempre presentes en los habitantes del lugar. La luz del paraíso en el que se encontraban los habitantes de Macondo acaba por cegarlos y dejarlos abandonados.

Parece como si con el progreso hubiera llegado la peste, una plaga que destruye todo cuanto encuentra a su paso. Con la compañía bananera se individualiza más la persona, su único motor de vida es el salario, pues todos están pendientes de la llegada del tren para cobrar, motor que les conduce hacia una vida de mayor soledad, desasosiego y superficialidad.

Asimismo, si en otras épocas la aparición del ferrocarril había significado avance, progreso, comunicación, eliminación de barreras, etc.; en Macondo es retroceso e incomunicación, es desilusión y desencanto, pues todo ese “equipaje” que transportaba acabará deteriorándose por su mal uso dando lugar a la autodestrucción del individuo. Como ya dijera García Márquez, “por fortuna, Macondo no es un lugar, sino un estado de ánimo que le permite a uno ver lo que quiere ver y verlo como quiere”.

Macondo nos es presentado también relacionado con los sentidos: el olor: espacio-olor: el cuarto del doctor: “no olvidaré nunca que esta pieza huele a desperdicios”

(García Márquez 1974: 69). Olor a jazmines contra el muro de la casa y olor a ron alcanforado de la habitación de su abuelo.

Queremos aludir también a otro tipo de espacios como los de ensoñación, que aun siendo reales, son imaginados por los personajes antes de llegar a conocerlos.

En *Onitsha* cobra un significado especial el lugar transitorio que recorre el pueblo de Meroë cuando emprende el largo éxodo desde las tierras altas del Nilo hacia el oeste, atravesando toda África. Es un viaje presente continuamente en las ensoñaciones de Geoffroy y uno de sus objetivos: conocer Aro Chuku, un lugar sagrado cerca de Onitsha, donde se adora el sol. Su obsesión por descubrir la ruta del pueblo meroíta fue lo que le obligó a abandonar su familia en Europa y llegar hasta África en busca de huellas que le hablaran del reino de Meroë.

Tanto Geoffroy como Fintan consiguen ver su sueño hecho realidad: visitar el lugar secreto del que tantas veces le hablaba Bony, “l’eau mbiam”, lugar en el que se lava la cara y bebe agua, el “lago de la vida”.

Tendríamos que hablar también de espacios naturales. En *Onitsha* los personajes se relacionan con el entorno natural de una manera íntima y profunda. Onitsha es un lugar real, geográficamente ubicado en Nigeria. Se trata de un lugar abierto, que simboliza la libertad para el padre y para Fintan pues éste nada más llegar se descalza, hecho que simboliza una simbiosis con ella.

África se les presenta en toda su plenitud de gentes, de colores, de olores, que no le resultan extraños. Fintan llega aquí con una mente abierta. Las lecturas que había realizado de niño, así como las cartas de su padre, lo habían preparado para que el choque de culturas no fuera brusco.

En *La hojarasca* por el contrario sería atrevido considerar Macondo como espacio de ensoñación, desde el momento en que por el mero hecho de implantar una empresa bananera se convierta en el lugar que acoge a gentes venidas de todos los rincones creyendo encontrar su “vellocino de oro”, “todo un pueblo de tolerancia dentro del pueblo”(García Márquez, 1974: 8). Macondo que en su inicio prometía ser “el lugar de todos”, se convierte en “el lugar de nadie”. De ser el paraíso, en poco tiempo pasa a ser un infierno.

Quisiéramos hacer una breve mención a la importancia que adquiere el agua en las obras estudiadas. Así por ejemplo, en *Onitsha* el río representa la vida, el único nacimiento del que tenemos noticia se produce a la orilla del mismo. La casa familiar está situada sobre un promontorio que permite divisar el río Omerun, afluente del Níger donde las mujeres del pueblo van bañarse y a lavar la ropa. El río es, por tanto, un lugar de encuentro donde se respira vida.

Muy al contrario será en *La hojarasca*, donde por un lado descubrimos que inicialmente Macondo tenía río y que acabará secándose como si ya quisiera anunciar el final de los habitantes del lugar. Por otro, está el río donde se dan cita el niño y sus amigos a la salida de la escuela, para esperar impacientes la llegada de alguna golondrina. Es su lugar de encuentro y de confidencias, en especial para el niño y su amigo Abraham.

Si este hombre que ha salido a conversar con mi abuelo en la otra habitación regresa dentro de poco tiempo, tal vez podamos estar en la casa antes de las cuatro. Entonces me iré al río con Abraham (García Márquez, 1974: 59).

No parece que esto pudiera interesarle a García Márquez, a pesar de que en la mente de todos esté que el mar, el río y el agua representen el fluir de la vida y la naturaleza en estado puro, si bien al contrario deja patente que venganzas, envidias, odios, poder y guerras se llevan todo cuanto encuentran a su paso. Se da la paradoja de que para el doctor el agua del pueblo es sinónimo de muerte, durante diez años se negó a beberla por miedo a que estuviera envenenada.

Otro gran río presente en *Onitsha* es el Nilo, en cuyas orillas se asentaba el pueblo meroita. Cuando Geoffroy observa el Níger y sus afluentes, inmediatamente le viene a la memoria aquel pueblo que vivió en la cabecera del Nilo, y que fue expulsado de sus tierras por los habitantes de Aksum. Según la leyenda que se cuenta en *Onitsha*, la reina Amanirenas dirigió a su pueblo hacia el oeste, en busca de un río que les recordara al Nilo por la fertilidad de las tierras que lo rodearan. Así llegaron al Níger, donde se asentaron.

En *Onitsha* el mar se presenta estrechamente unido al viaje, es el elemento que une el continente europeo con el africano. Es el elemento aglutinador entre el momento presente de Fintan y los recuerdos de infancia que guarda en su memoria.

En cuanto a espacios privados, en *Onitsha* juegan un papel importante las casas. La familia habita una casa denominada *Ibusun*, que significa “*l’endroit où l’on dort*” [lugar donde se duerme], propiedad de la compañía comercial para la que trabaja Geoffroy. *Ibusun* es el lugar en el que sus moradores pasan momentos buenos; representa para Maou el espacio donde encontrarse consigo misma, donde puede disfrutar de su soledad, y de una buena relación con Fintan. Para ambos significa el punto de partida de su contacto con la naturaleza. Para Geoffroy, es el refugio, el espacio donde pasa las horas reviviendo en su mente el éxodo de la reina de Meroë.

Para todos, representa la autenticidad, porque es el lugar donde pueden ser ellos mismos sin que nadie les repruebe o se ponga en contra suya. Pero también es un espacio en el que pasan momentos poco agradables. Es el lugar en el que Geoffroy golpea al niño. Para Maou, la casa supone el marco donde constata que no hay amor entre Geoffroy y ella.

Contrapuesta a la casa familiar, *Ibusun*, es la del representante de la administración inglesa, Gerald Simpson, *District Officer*. Es el punto de reunión de la colonia extranjera, compuesta sobre todo por británicos. Es el lugar donde se mantienen las convenciones sociales, donde predomina la apariencia y la hipocresía sobre la naturalidad.

La casa de Sabine Rodes representa lo intelectual, pues contiene una extensa biblioteca y objetos característicos de la cultura africana; pero, al mismo tiempo, es un lugar misterioso.

El antiguo barco llamado *George Shotton*, embarrancado en una orilla del río, es el espacio privado de Oya, la mujer negra y sordomuda, donde encuentra refugio, le sirve de precaria vivienda. Es el claro ejemplo de lugar que inicialmente es un no-lugar y pasa a convertirse en lugar antropológico.

En *la hojarasca* tenemos la casa familiar donde estuvo viviendo el doctor durante diecisiete años y Meme, guajira, sirvienta de la casa del coronel. Este espacio sería considerado para todos como lugar antropológico pues para cada uno representa su historia, todos han conseguido establecer vínculos. Para unos se trata de un espacio cargado de dolor, de soledad, de anhelo por una nueva vida, de esperanza, y para todos es el lugar de la incompreensión pues nada de lo que aquí viven parece reconfortarlos.

Los alrededores de la casa contribuyen igualmente a hacer la vida más alegre, los olores del romero y jazminero no sólo hacen de eslabón con el pasado, sino también vínculo y prolongación viva de la madre de Isabel.

Meme reconoce haber sido feliz mientras estuvo en esta casa hasta que dejó de serlo por su propia voluntad cuando se fue a vivir con el doctor.

Para Isabel, el cuarto de la casa ocupado por el doctor, representa el lugar de sus sueños, de la esperaza y anhelos al pensar que podría ser el mejor sitio para acomodar a Martín, quien más tarde será su marido.

Hay también un cuarto ubicado en el patio, detrás del templo y al otro lado de la calle que fue ocupado en su inicio y de forma provisional por una mujer y su hijo, un lugar de paso para ellos dado que nada pudo retenerlos, lugar también de incomunicación y soledad. Más tarde, con la llegada del párroco lo abandonan y transcurrido un tiempo sin dueño, pasa a ocuparlo el doctor, llegando a convertirse en la casa del doctor, “un lugar donde se han acumulado durante diecisiete años los residuos de un hombre desvinculado de todo lo que pueda ser considerado como afecto o agradecimiento”, así nos lo describe Isabel, la hija del coronel. (García Márquez: 1974:16-17).

Asistimos a un espacio vacío donde lo único que lo llena es el sol, el olor a desperdicios, a baúles, a polvo; espacio de oscuridad y silencio, roto éste únicamente

por los pitidos del tren. Ni siquiera la ventana se puede abrir. Hecho que evidencia que nada de lo que suceda en el exterior importa al doctor.

Su casa está ubicada en la esquina, aunque de apariencia deleznable es descrita “como un palacio de ceniza que se derrumbaría con el aire”, sin duda un no-lugar, un espacio que difícilmente garantiza poder ser ocupado, pues sus paredes, aunque metafóricamente de ceniza, demuestran la imposibilidad de albergar cualquier sueño, cualquier esperanza de poder hacerlo habitable.

Sin embargo, bastará con asomarse a la ventana como hace Isabel con su hijo en brazos para darnos cuenta de que afuera se puede respirar aire puro. Frente a lo endeble y oscuro del no-lugar, frente a una extraña irrealidad, está ese espacio abierto lleno de vida y luz como es su propia casa “fresca bajo los almendros”. Y desde la mirada focalizadora del niño, descubrimos un espacio abierto, cargado de sensaciones comparables “al regreso al lugar después de un viaje” (García Márquez, 1974: 25).

El niño nos describe la casa del Doctor, “deshabitada”, “grande”, “en una esquina”. Solamente la separan tres casas de la suya. Nada parece entender de cuanto observa, su mente se inunda de dudas ante la realidad que está viviendo sin que pueda desviar la mirada hacia otro lado.

En contraposición al cuarto donde encuentran ahorcado al doctor, hay otro, lugar espacioso y fresco y deslumbrado por la claridad que entra por el patio; si el anterior es el lugar de la muerte, éste sería el de la vida. Estamos ante un lugar antropológico elegido por el agente, dadas sus características de luz y frescor, para hablar con el coronel sobre el suicidio del doctor y las soluciones a llevar a cabo.

Otro espacio a tener en cuenta es el velatorio cuyo nombre lo dice todo. La muerte ha sido el móvil que ha llevado hasta allí a los pocos habitantes que han elegido sobreponerse a odios y venganzas. Formaría parte del no-lugar, un lugar de paso cargado de connotaciones negativas donde el individuo sabe que su estancia será breve. Para Isabel es ridículo asistir a este lugar, “un intolerable compromiso” que tiempo atrás pudo haber adquirido su padre; incluso se cuestiona que si el pueblo tomó la determinación de no acompañarlo al cementerio, ellos tres pueden ser igualmente tratados así por negarse a la petición del pueblo. Se nos dice que Isabel esta sentada en el velatorio de espaldas a la ventana clausurada, como si de esta forma quisiera dar la espalda al pasado, obviarlo, ignorarlo, queriendo renunciar a lo vivido.

Para el niño acercarse hasta el lugar supone un día de fiesta pues el hecho de tener que acompañar a su madre al velatorio lo asocia a domingo, pero es miércoles, una tarde de septiembre, concretamente el 12 de septiembre de 1928 y no sólo por no ir al colegio, sino también por la forma de vestirse que corrobora aún más que se trata de un día especial.

Asimismo, el niño observa todo cuanto hay a su alrededor llegando incluso a darse cuenta de que también el alcalde comparte los rencores del pueblo (García Márquez, 1974: 26), aunque la madre hubiera preferido mantenerlo al margen, que nadie le responda a sus preguntas, que nadie abra esa puerta invisible que le impida penetrar más allá del alcance de sus sentidos (García Márquez, 1974: 19). A Isabel le preocupa cómo será visto su hijo el día de mañana por estar ahora velando a la persona más odiada del pueblo, hecho que pudiera impedir que fuera enterrado como un cristiano.

Para el niño, este espacio representa un lugar extraño, cargado de incertidumbres y de preguntas sin respuesta: “permanece silencioso, perplejo, como si esperara que alguien le explique el significado de todo esto” (García Márquez, 1974:19).

Para el abuelo este espacio le produce inquietud, intranquilidad e impaciencia y para todos, el calor sofocante existente dentro y fuera se convierte en un enemigo constante.

También los medios de transporte son espacios a tener en cuenta. En *Onitsha*, Maou y Fintan se trasladan a África en el *Surabaya* que representa no solamente un medio de transporte, sino también un espacio cerrado, acogedor y con vida propia. Regresan a Europa en el *Amstelkerk*. Los habitantes de Onitsha utilizan piraguas para desplazarse por los ríos.

Desde el punto de vista metafórico, podemos comparar el barco con el vientre de la madre en cuyo interior se gesta vida. La pequeña cabina representa para Fintan un lugar secreto. La cabina es “le ventre du bateau”, (Pien, Nicolas, 2004) es decir, si el barco es un cuerpo, la cabina es el útero de ese cuerpo. De la misma manera que un feto percibe amortiguados los sonidos del exterior, le llegan a Fintan los ruidos que se producen en el barco, al mismo tiempo que escucha la respiración de Maou, lo cual le produce tranquilidad y sensación de protección. La cabina es el espacio materno, simboliza la unión con su madre, lugar en el que alberga secretos y recuerdos. Igualmente las piraguas, siempre en consonancia con el entorno pues representan el cordón umbilical que une la tierra y el río.

En *la hojarasca* el tren marca el tiempo, son sus pitidos los que les advierten a las gentes del lugar de los diferentes períodos del día; para el niño el momento de entrar a las clases de la tarde; para otros, júbilo y satisfacción al ver reconocido su trabajo, pues les advierte que su salario “está de camino”, pero también es olvido, abandono, nostalgia, “sólo el pito de un tren amarillo y polvoriento que no se lleva a nadie interrumpe el silencio cuatro veces al día” (García Márquez: 1974: 135).

Conclusiones

A lo largo de las obras presentadas se alternan vida y recuerdos. Conocemos la motivación del trayecto, condicionado a la búsqueda de un sueño. Por un lado predomina la ilusión y la esperanza ante el reencuentro familiar y ante las nuevas

posibilidades que ofrece el lugar de destino y por otro el deseo de venganza nacido en un pasado que se resiste a morir entre las gentes de un pueblo donde ni siquiera el progreso ha conseguido hacerse un hueco.

A través de la lectura de las obras objeto de estudio, los dos autores manifiestan de esta forma la crítica a una sociedad clasista, racista e insensible ante las injusticias y las guerras sin sentido movidas por el afán de poder. Buscan sensibilizar al lector a través de sus personajes cuya mirada focalizadora recorre los rincones de una época convulsa, envuelta en guerras y revoluciones que amenazan a los tres continentes presentados: Europa, África y Latinoamérica.

Para ambos los espacios adquieren importancia por sí mismos, de manera que los describen recreándose en ellos y transmitiendo al lector las sensaciones que los personajes perciben. Observamos la alternancia de espacios naturales, abiertos, en los que los elementos de la naturaleza adquieren una importancia relevante con espacios cerrados que dan cabida a la soledad y donde ni siquiera el aire se hace respirable.

En *Le Clézio*, el mar adquiere varios significados. Supone la prolongación de la naturaleza humana, es un espacio en el que se desarrollan viajes, de manera que simboliza la ruptura entre lo que se deja y lo que se va a encontrar. Es nexo de unión entre mundos y culturas diferentes, proyección hacia lo desconocido, hacia un sueño. El barco, como medio de transporte utilizado para realizar el trayecto adquiere un valor simbólico y metafórico que lo convierte en refugio protector, un espacio que permite al “yo” el encuentro consigo mismo, que le da la posibilidad de afrontar de forma menos traumática el cambio que supone todo desplazamiento y por otro un espacio hostil, que arrincona, aísla y limita la posibilidad del encuentro.

A grandes rasgos, así como los estilos de vida y comportamientos generan espacios muy diferenciados, también los espacios habitados contribuyen a cambios de vida y condicionan el comportamiento del individuo llegando a convertirse en espacios de desencuentro y hostilidad.

A *Le Clézio*, los espacios urbanos le interesan como espacio en el que viven sus protagonistas, siendo todos ellos lugares de tránsito en los que permanecen un tiempo más o menos prolongado, se convierten en la morada de un “yo” en busca de una quimera.

Tanto en la obra de *Le Clézio* como de *García Márquez*, se desvela su descontento y crítica hacia una sociedad en la que el individuo no cuenta, su libertad le ha sido arrebatada. Son los intereses políticos los detonantes de las guerras, del hambre, del rechazo del “otro”, en definitiva de la incultura, de la violencia y la sinrazón. Inventan las ficciones para poder vivir de alguna manera muchas vidas que quisieran tener cuando apenas disponen de una sola. Es evidente el interés que muestra *Le Clézio* por la infancia y la adolescencia, volcando en los personajes su propia experiencia de estas épocas.

Asimismo, ambos escritores demuestran una enorme sensibilidad a la hora de plasmar los hechos. Las experiencias vividas en los viajes han quedado reflejadas en sus obras, en las que rezuma su preocupación por la naturaleza y por las sociedades que la respetan, su anticonsumismo, sus ideas de conciliación entre mundos y formas diferentes de ver la vida. Subyace en todo momento, la búsqueda de la armonía entre las personas y entre éstas y la naturaleza. Se percibe una honda preocupación por los innumerables problemas que aquejan no sólo a sus respectivos países, sino en el mundo.

Esta sensibilidad se ve también reflejada en el valor e importancia que adquieren los sentidos. Asocian a cada lugar, colores, sonidos y olores determinados, que a su vez están relacionados con las impresiones de seguridad o desasosiego que reciben los personajes. El hecho de formar parte de una familia errante, acostumbrada a cierto grado de nomadismo, marca la vida de estos escritores, y las sensaciones y experiencias personales vividas quedan reflejadas en su abundante producción bibliográfica.

Referencias bibliográficas

Augé, Marc, 1996, *El sentido de los otros*. Paidós. Barcelona.

Augé, Marc, 1998, *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos*. Ed. Gedisa. Barcelona.

Augé, Marc, 1999, “Sobremodernidad. Del mundo de hoy al mundo de mañana”, in *Memoria*, nº 129.

Augé, Marc, 2001, *Los no lugares. Espacios del anonimato*. Ed. Gedisa. Barcelona.

Delibes, Miguel, 1967, *Un año de mi vida. Obras completas*. Ed. Destino Barcelona.

Delibes, Miguel, 1994, “Discurso de recepción del Premio Miguel de Cervantes”, ABC del 26 de abril, p. 65.

García Márquez, Gabriel, 1974, *La hojarasca*. Ed. Plaza & Janés, S.A. Barcelona.

Le Clézio, J.M.G., 1991, *Onitsha*. Gallimard. Paris.

Pien, Nicolas, 2004, *Le Clézio, la quête de l'accord originel*. L'Harmattan. Paris.

Saldívar, Dasso, 2005, *García Márquez. El viaje a la semilla. La biografía*. Biografías vivas, ABC. Ed. Folio, S.A. Barcelona.